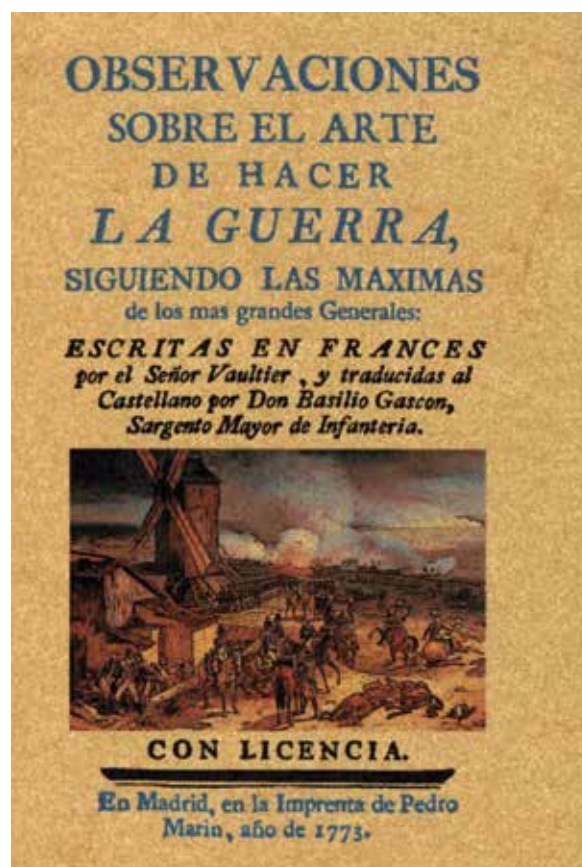


Editorial

ASÍ COMO EXISTEN CONSTANTES OFERTAS de cultura de paz, también coexisten las manifestaciones de la cultura de crueldad. De una manera que nos pudiera parecer paradójica, una multitud de avances científicos y tecnológicos surgieron en la historia y se perpetúan hasta la actualidad al amparo de todas las modalidades de la guerra. Ninguna duda hay de que las naciones invierten cantidades inconmensurables en armamento y no cejan ni un instante en la preparación de ejércitos que están listos para actuar ante la menor provocación. Las éticas occidentales, de origen religioso o no, se cimentan lo mismo en principios que van desde la Regla de Oro de la moral —la cual es una regla de tolerancia y base de la convivencia pacífica— hasta otros fundamentos como el derecho a la defensa propia y a la guerra justa, que implican la eliminación de un *otro*, del prójimo (en el sentido del “próximo”), según diversos esquemas argumentativos que justifican homicidios y genocidios. Es la historia humana que conocieron San Agustín y Santo Tomás, desde una perspectiva cristiana, como la analizaron Hobbes, Marx, Freud o Nietzsche, desde un enfoque materialista.

Siendo condición humana tanto la paz como la guerra, la tolerancia como la violencia, las instituciones educativas, particularmente las de educación superior, se esfuerzan no sólo por tratar de comprender los orígenes y las condiciones que hacen posible la cultura de la crueldad (contra los semejantes y contra los animales) sino que también se empeñan en encontrar caminos para la supervivencia de la especie. Es en este marco que las construcciones artísticas —una forma de *sublimación* junto con la ciencia, aseveraba Freud— tienden a favorecer la cultura de la pacificación y la mejor convivencia entre los seres humanos. Por consiguiente, la función universitaria que se refiere a preservación de la cultura, junto con la docencia y la investigación, es una modalidad de conservación de la vida humana.

Así lo pensaba Santiago Genovés, quien recientemente emprendió su última travesía. El antropólogo y humanista nunca negó esta contradicción demasiado humana, pero pensaba que de manera genética las personas no eran violentas; y si no son violentas por naturaleza, la educación, la ciencia, la cultura y el ejercicio deportivo son fuentes (nunca cabalmente seguras ni definitivas) para alcanzar el ideal de “entender más y juzgar menos”, que es un principio civilizatorio. No olvidemos las lecciones que nos legó Santiago Genovés. ■■



Walter Beller